

A C T I T U D E S

LOS CUADERNOS DE FRAY SERVANDO (I. Wüttende Heer: La caza furiosa. Fragmentos) *

Por RAMÓN ACÍN

"Desde que Francisco Casabona escuchó de boca del verdugo y con anterioridad de la justicia seglar la posible tunda de doscientos azotes más el acompañamiento de estarse viendo seis años engrapado a las galeras de su majestad, los resultados no pudieron ser más asombrosos. Prometió y pregonó —aquello de los cuatro vientos— que confesaría (sic). Aprendió en aquel momento a nacer en la adversidad, pero aun con todo decir que como buen hijo de la época ya había deletreado, en varias ocasiones, historias de lazarillos y pícaros, amén de algún que otro devaneo místico tan a la moda. No era para menos. En tropel y con una redundancia al por mayor cantó una auto/seudo/biografía apresurada, genealogías de por medio, que más de una estrella del séptimo arte desearía para sí. No soy un cinéfilo empedernido —pecunia manda— pero los interminables pasadizos de su mente, las polivalencias históricas, los abundantes *flash back*, los *remakes* perfectos y las ensoñaciones exóticas pregonadas por el Casabona, hubieran hecho las delicias —lo francés comenzaba a agujerear fronteras— de cual-

* Este relato obtuvo el Primer Premio en el *II Premio de Cuentos "Ciudad de Novelda"* (1984).

quier director acaramelado por su sillón. Su madre. Y todo después de sembrar brujería y aquelarres por doquier¹. En una palabra: que, ante las perspectivas visionadas en el horizonte, se arrancó su propia identidad como quien se arranca una pierna, sin dolor, insensible, y se hizo el bien quisto. Por cierto, se creó amistades con sus fárragos² deslumbrantes entre los enemigos inquisitoriales, según destilan estos arrugados pergaminos. Tras varios aconteceres —que se omiten— aquí se entierra la aparente historia de Francisco Casabona. El hurón nunca fue tan astuto y madriguero.

""Sacó un proarte semibohemio, inusitado para los tiempos, y a partir de él, se entronizó como la misma musa. Se puede decir que se voló la cabeza ensortijada de negros mechones ebanados que tantas féminas palurdas atrajeron (si bien jamás le abandonó el encanto) y comenzó el paciente oficio de "traductor" o, mejor, de creador de medias tintas. Los ojos hundidos de lástima —una grimita verle—; unas ojeras que cruzaban toda la faz como una dolorosa barroca; las carnes prietas, pegadas a los huesos; el semblante de cristóbal aguijoneado, erre que erre, plasmando figuraciones caricaturizadas; encorvada la espalda... y siempre acompañado de *La Subida al Monte Carmelo*, su libro de cabecera, por más que alguien le advirtiese del ligero tufillo de hereje desprendido desde el título. Se deshacía, con disciplina cilicial de probo ermitaño, en agasajos sacerdotales (hoy día se diría que fue un avance del esculpir barroco; el gran Montañés podría muy bien lavarse las manos y confesar influjos a lo pilatense. La historia es así, tampoco importa, qué cuernos, pero no desvariemos, a lo nuestro). Se pintó de canas el altozano; se disecó en vivo a lo cerbatana —las

¹ Cotejando —para mayor comprensión— un mapa del Altoaragón, sus hue-llas son bien visibles en el Salto de Roldán, castillo de Boltaña, Vilas del Turbón, cuevas de Chaves y Solencio, pico de La Maladeta, fuentes de Burballa, dolmen de Tella y tantos otros lugares que recordar no quiero.

² Desde entonces la musa Polymnia huyó de los contornos aragoneses (échese un vistazo a la Historia de la Literatura), horrorizada de su inspiración, caricaturizada por la inflexibilidad prusiana de Casabona y desencajada en sus ojeras (hay quien afirma que en aquellos precisos días tenía el período, pero son ganas de quitar pajuelas. *Chauvinismos*, vamos). Los Argensola son anteriores, que quede claro.

ratas de la prisión siempre agradecieron su ayuno— y hasta el hablar, en plena teatralidad, se tornó tartaja y balbuciente como quien no quiere ni puede. Igual que una marioneta descoyuntada se calzó, con gracia de Dios, la impronta de los “mediocres”, tiñéndose de místicos arrebatos, ni exagerados por si las moscas, ni fingidos por aquello del avisgado hocico de los lebreles seculares eclesiásticos. No en vano, es preciso confesarlo en honor a la verdad, en su sangre se podían mezclar todas las savias humanas conocidas, desde el rubio escandinavo al chocolate del Atlas, sin eccemas raciales, por supuesto. Por otra parte, arteramente, ocultó su origen enmarranado al atiborrarse de cerdo, su plato preferido. Se dice que lo engullía, con inusitada fruición ante los inquisidores, demostrando un decidido tragar, aunque después lo deglutiese con asqueantes y trabajosas bocanadas que resonaban hasta Estambul y que servían de engolosinado pasto a toda la fauna rateril y carcelera. Alguna de éstas (las ratas), después de apresada con grandes aspavientos y artimañas dignas de un Ulises ensotanado y célibe, se dice sirvió de ensayo/ensaño inquisitorial. Pero tampoco exageremos, a lo nuestro: Francisco Casabona, todo muy “beige” —no podía discernirse la distinción entre su pálida piel y los harapos que le servían de abrigo—, convenció y maravilló a quienes debía convencer y maravillar, tanto es así que arribó a la cúspide, con los años, de la fama internacional en propia vida, puesto que en un cónclave papal de los más sesudos fue discutida su beatificación. Lógica divagación, derivada ante la sorpresa de su intrépido vagar, de su navegar a través de las oscuras aguas o de la evasión frente a la hoguera que devolvía continuamente la paz a la cristiandad. Para evitar dudas, solamente, querido lector, necesitas ojear el santoral: San Francisco Casabona, martillo de herejes (y demás). El caso es que, arrepentido según unos e inocente para otros —aunque los menos—, se evaporó de las mazmorras inquisitoriales llevándose por delante a todo “habitante” próximo a su celda de castigo. La vista y el oído le privaban. Hizo de todo con tal de regresar a la luz del día e iniciar un inflamable y nuevo rumbo de palpable calentura mística. Acostumbrado por el “oficio” anterior, no debió de suponerle gran esfuerzo. Lo único que había cambiado era el decorado, y Francisco Casabona, experimentado actor, fue persona casta ya de por vida. Supo recibir la luz

del convertido sin caballo y damascos en el camino. Pese a ello, jamás San Pablo salió de sus labios (la incomunicación sufrida en la celda le había ventilado todo aire puro de la sesera) y, aunque se puso a predicar sobre lo que nunca vivía, no tuvo ningún contratiempo en su prófugo corretear. También es cierto que la argumentación jamás ha sido cosa de chinos en este país- Larra. Únicamente sus amigos de aventuras, como Pedro Arruebo o las encamadas jovencitas de aquelarres (a las que además de desflorar, convertir al cuerno de las tinieblas y disfrutar favores) sufrieron las consecuencias pertinentes en el claroscuro de los conventos, en el tostadero de las galeras o en el lindo derretirse de las llamas. Paga de caballero. La vida siempre es así, y por ello su metamorfosis y la incineración inmediata de su antiguo-próxima y placentera vida. Fue una sencilla muda. Como quien escupe por diversión aniñada. Sin más.

””””Con el tiempo, no mucho tampoco —truculencias del azar—, le vemos, al rastrear los viejos pergaminos, cobrando del tesoro público y tuteando eminencias en el sabio oficio —no difícil para él— de desenmascarar brujas, adivinando el número de demonios metidos dentro de los cuerpos. Por ejemplo “en Cataluña (su fama rompió fronteras) le pagaban veinticinco libras barcelonesas por cada bruja relacionada, y en Bielsa le entregaron cien reales por señalar trece brujas”³. Aun con todas estas pingües ganancias, que con el transcurso del tiempo alcanzaron un monto elevadísimo, Francisco Casabona no mudó ni su extravagante “oficio” ni tampoco cambió el disfraz de su minado cuerpo. Las apariencias. No obstante, existe un colofón digno de ser resaltado: Subrepticamente, y suponemos (algo se debe aventurar) que en las noches de descanso obligado, maquinó el redomado pícaro una empresa que le diera dividendos a su inmóvil capital. Ideó y luego creó un tugurio de préstamos a medio interés, el cual alimentó clandestinamente el indolente tráfico de las clases nobles. En sus inicios, el negocio fue personal e insignificante, pero sabedor de la aventura y el derroche, de la juerga y holganza,

³ A.H.N., *Sec. Inq.*, vol. 991, pp. 633, 633', 634, 634'.

de la estupidez y sosería innatas en sus "castas" amistades de la nobleza, consiguió dar el espaldarazo definitivo hasta crear un *holding* de proporciones gigantescas. Los holandeses, genoveses, venecianos y francos crujían dentaduras con rabia por la pérdida de mercados atlánticos, incluida la Gran Bretaña. Y aunque estaban a partir un piñón con el tal Casabona de marras, ya nunca, mientras la muerte le perdonó, consiguieron apuntarse ni tan siquiera un tanto. Se infiltró vía monetaria en las familias pudientes, sabiendo no ser un estorbo gracias a su boca cerrada, y medró hasta alcanzar el digno albergue de la realeza. Tal vez con más de una mujer apasionada entre sus garras, encubridora de favores. Tal vez. La realeza, se dice, gozó de empréstito a bajo interés para la carcoma de los tercios. ¿Que cómo ha llegado hasta nosotros tanta información?: Fray Servando del Santo Leño, copista inquisitorial, guardacostas de la verdad, empleadillo de a pie en la marea inquisitorial, mudo grabador de causas, que fue anotando en el reverso de las copias del Santo Oficio impresiones, visos de realidad, anécdotas, posibilidades... que escapaban a la eficiente tramoya del Oficio. Pespícaz el Fray Servando en medio del alucinante mundo del brasero. Sigamos: Francisco Casabona, eficaz y dicharachero, arrebatado y *sempervirgenmaría* narró (¡qué novelón!) todo un catálogo brujeril que sirvió de modelo para futuras generaciones de sabuesos. De este catálogo casabonero se extraían las preguntas y los temas para las prácticas y las oposiciones de los neófitos en materia inquisidora. La baba rezumaba los labios ante el detallismo realista. La sonrisa tomaba cuerpo. El famoso libro alemán *Martillo de hechiceras* pasó a mejor vida para el Santo Oficio, fue arrinconado por el nuevo muestrario aportado por nuestro personaje. Fray Servando estaba en todo, no se le escapó una; un auténtico placer leerle. ¡Ay, Fray Servando, Fray Servando! De verdad, digno de ser publicado, de merecer el beneplácito regio; un *best-seller* dinamitado. Somos así. Hasta los pícaros de la época hubiesen aceptado las distintas categorías del horror dosificado y funcional con tal de pasar por estos desconocidos placeres, de saciar sus rugientes estómagos y de entrar en la historia. Claro que dónde se encontraría España sin pícaros; cómo matarían el tiempo tantos investigadores. Mejor así. A veces el balazo, con toda su velocidad, supera al bodrio de la vida. Las pruebas cantan.

”””””La infausta carrera de nuestro “rehabilitado” personaje fue llevada con suma cautela. De gran fama son algunas de sus “arrecogías”. Dejemos las pejugueras, vayamos al grano. De su saña no se libraron ni los enfermos mentales, ni los leprosos, nadie. Constituían un claro escollo, un estorbo para el Estado, para el engranaje del aparato y a la par fue un gran aldabonazo propagandístico. Ni casas de salud ni hostias. Luego se habla de histerias colectivas y de síndromes de época. Cuentos y leyendas para el buen parecer. La ola continuamente es agitada desde arriba. Y funciona. *Chapeau* freudiano ante la sicología del Casabona. Quizás nunca hubiésemos sido tan martirizados, asfixiados, reprimidos, entabuzados... pero a lo pasado, cerrojo-Costa. En estos casos no existe vuelta de hoja. Debemos aprender de nuestro personajillo con sus mudas de serpiente. Nada de ahondar en los espejos-testigo, en los surcos de la personalidad siempre mediaticizada con la prosa jabonosa del chupatintas —también casabonero— de turno. Casabona, nuestro Francisco, ni siquiera tenía sus orígenes en Aragón, pero con su fina voz casi femenina, con su lengua experta en lameculos y con su galería de juicios esperpénticos por esta tierra, le acreditaron —también— la Gran Cruz de la Caballería Aragonesa (GCCA). Parece ser que su tierra natal, lo que se dice sus lares, que no posesiones familiares, se asentaba por algún recóndito e inexistente solar asturiano. Aunque, claro está, este ramalazo hispánico-covadonguero que tanto primaba en su esencia patria y en los más fervientes ideales imperiales, le vino tras su oscuro enriquecimiento. Es decir, después de explotar su tugarial negocio por las capas de la nobleza aprestada y muy dada a los aspavientos de la beatería. (A fuer de sinceridad, repetimos, más de una dama, sayas arremangadas sobre las caderas, tendría mucho que contar; ¿y los pubis angelicales?, más que soplarnos). Si profundizamos en los estudios, analíticamente por supuesto, inclusive su apellido paterno o ¿materno? (¿quién sabe?) podría dar luces en el asunto. No, no queda nada diáfano, claro, dilucidado, preciso, manifiesto, explícito, etc., etc., que el tal Casabona portase tal *cognomen* hereditario, más bien parece desprenderse del mismo el típico cambio o añadido. ¿Casabona?, semeja estar escogido por la sonoridad (aberturas vocálicas, nasalidad...) y por el ringo-rango semántico. Qué mejor ascendencia que “Casa/Bona”. Bona, desde

luego. Negocios cantan. Pero si oscuridad *habemus* en lo concerniente al terruño que le vio nacer, no podía ser menos en cuanto a la aparición por tierras altoaragonesas. El aprendiz de historiógrafo o copista de a pie inquisitorial, tal vez llevado por la inquina o la envidia, escribe extensamente acerca de un aquejarre famoso y de gran concurrencia habido en tierras ribagorzanas (la flor y nata de la marginación se hallaba reunida en el cónclave cabrío), escribe que de pronto la figura de Casabona, alta y de negros bucles azabachados, piel curtida y ojos encendidos, se manifestó entre las nieblas en el justo momento del conjuro. Se le tuvo, en principio, por el mismo Satán en persona, pero dadas las maneras de desenvolverse en magias, se quedó en simple mensajero. A pesar de ello, gozó de la entrada a la sociedad, sin ritos iniciáticos, sin fases purificadoras. Hay que confesar (añade nuestro copista) que supuso un gran espaldarazo su ingenio creador y su hablar técnico-científico con riñones y bemoles acerca del "peso del agua" y sus positivos valores para el inframundo. El contubernio oyente no esperaba menos. Además tenía algo de Leonardodavinci al exprimir su cabeza para explotar a sus contertulios de adoquín. Geniales son las soflamas ardientes casi de programa político. Cultura y pueblo, o lo que es lo mismo: abocar a la comunión con los demás era su lema. Pero a su manera, claro. Y por los datos que obran en nuestro poder, el triunfo estaba asegurado. ¿Sucedió?

""""""Lo más inaudito aconteció en Jaca por el tiempo de la tradicional peregrinación del 25 de junio, cuando arribaba a la ciudad lo más degradado y monstruoso de la región, o sea, brujas, posesas, astrólogos, invertidos y toda una ingente marea de semejante calaña. Francisco Casabona se ofreció como paladín destripaterrones anticristianos. Subióse a la torre catedralicia en la noche del 24 y, tras ayunar, salvo ligera y frugal colación, entró en trance. El frío corría. Era un clásico anochecer de perros. Amaneció, también, el día perruno, encapotado y amenazante con tolvaneras enormes. Tan es así que los campos se cubrieron con el manto blanco del rocío y éste no se evaporó hasta pasados tres días. El badajo de la prima campaneril, la Santa Bárbara,

de acendrada devoción en la comarca, permaneció tenso hasta que el año siguiente por la misma fecha el calor del incendio que destruyó la torre del Reloj (llamada así eufemísticamente puesto que allí se albergaban las mazmorras inquisitoriales) deshizo el hechizo. El trance de Francisco Casabona fue algo digno de admirar. Su repercusión fue tal que se enmarañó como materia leyendística⁴ y hasta hoy permanece en la memoria de los romances de ciego. Preferentemente lo encontramos en aquellos que se cantaban durante las ya desaparecidas ferias ganaderas (San Pedro, San Lucas); los romances cantados, como es lógico, recuerdan los hechos más vistosos, a veces enmascarados de forma muy sutil para desagraviar posibles errores y rencores. Su valor es de fuente histórica (cuando el río suena), aunque, a buen seguro, más historia hay en los sótanos del primer templo románico de España. Los hechos acontecieron de tal forma popular que la famosa plaza de la villa jamás estuvo tan concurrida⁵. Podría afirmarse que atiborradísimas, pues el mencionado trance duró lo bastante como para acercar a la capital a toda la redolada y parte de Europa. Los pueblos, alrededor de 50 km. a la redonda, quedaron desiertos por unas jornadas, y Jaca alcanzó, en esos precisos días, el bien reconocido renombre de Capital de la Jacetania. Hubo enfermos agónicos que realizaron el trayecto a pie, niños de meses que se destetaron y comenzaron a engullir los más insospechados alimentos, perros que abandonaron la cabaña lanar y nunca más fueron vistos (hasta tal extremo se padeció esta necesidad perruna que colocó el mercado por las nubes. De ahí que cualquier chucho pirenaico sea un "abezado" en el trajín del pastoreo), cerdos que, tras venir guiados por una especie de estrella mágica, imploraron con voz humana que San Martín fuese declarado en ostracismo (lógicamente por su condición marrana no lograron su propósito. Faltaría más). Un prodigio inigualable que le sirvió a Francisco Casabona para borrar entuertos y aunar partidarios en su canonización. Nunca nadie, ni siquiera el mismo rey en persona, alcanzó tanta fama y fue acla-

⁴ *Romances populares del Alto-Aragón*, Huesca, 1984. Recopilación realizada por los alumnos de FP. Pedagogías mandan.

⁵ *Los Festivales del Pirineo* suelen conseguir un volumen semejante. Háganse a la idea.

mado por tal olor de multitudes. La cuestión milagrosa se extendió tanto que pobladores de Oloron, Pau, Toulouse... con sus continuas peregrinaciones establecieron un comercio próspero y una habilidad técnico-montañesa que con el tiempo ha llegado a constituir el deporte del *ski*. Precisamente por ello y no en fechas anteriores como se ha venido afirmando, se construyeron tantos y tantos puentes (sólo hay que fijarse en la fecha edificatoria), tantos caminos de carro y herradura y tantas hosterías, como es el caso de Santa Cristina de Somport, además de un sinnúmero de fincas de recreo o quintas estival/invernales en Canfranc, Castiello, Villanúa... llegadas hasta la actualidad.

*****Francisco Casabona, siguiendo la "relación", permaneció levitando toda la mañana del 25 de junio y a pesar de los esfuerzos aunados de todos los sacristanes jaqueses, de los alguaciles y de otras justicias paralelas, no pudo ser descendido de tan incómoda postura. El campanario se convirtió en carpa circense donde todo *quisqui* hacía cabriolas o juegos malabares nunca vistos. Acudieron a *desfacer* el entuerto altos jerarcas, báculo o bastón o vara concejeril en mano. Se esparcieron millones de hisopazos a diestro y siniestro hasta empapar los muros catedralicios. Ni por esas. Se rezaron quinientos rosarios de pie, quinientos de rodillas. Se entonaron Salmos. Incluso, ante la ineficacia de todo lo anterior, hubo escarceos de realizar rogativas. Por fin el notario certificó, civilmente por supuesto, que allí no había visto ni trampa ni cartón, y sin aventurar hipótesis por si las moscas, hizo *mutis por el foro* con el sano placer del deber cumplido. No corrían buenos tiempos. Además, el tal notario poseía algo de sayón en su nariz. Se comprende, huelgan comentarios. Retiróse, pues, sin más dilación. Entre tanto, nuestro Francisco Casabona permanecía contumaz. El gentío, por su parte, aumentaba entre tarteras de comida. La plaza del Mercado se convirtió en campamento de batalla; se levantaron improvisados alojamientos; se montaron fogones; se formaron círculos de comerciantes ambulantes y hasta un batallón de tullidos, paralíticos y sordos, amén de otras enfermedades, establecieron sus reales y comenzaron a atronar con sus cantos pedigüeñiles. Las autori-

dades eclesiásticas, con el obispo al frente, ante el cariz que tomaban los acontecimientos y en evitación de males mayores, respetuosos con el orden establecido, decidieron reunirse en sínodo para tratar a fondo el problema y, sacudiéndose las posibles pajas, enviar un extracto a instancias superiores. Ya ni se les vio el pelo. Mientras, los sacristanes, legos y beatos en perfecta conjunción se encargaron de custodiar y reforzar las bocas del templo. Se palpaba, si el asunto se las prometía para largo, una avalancha contra la iglesia. Por su parte, los prebostes del concejo y de la tropa acuartelaron a la soldadesca y se desatendieron del asunto permaneciendo en estado de alerta. Los jacetanos, tras los primeros instantes del prodigio y una vez superado el estupor, se retiraron a sus moradas. Y como la marea foránea subía y subía, se apresuraron en la compra de viandas. Además, entre ellos, se corrió el *macutazo* de que tal "milagro" era una estratagema, una operación de despiste para tomar la ciudad. La noticia corrió de boca en boca, tan rápidamente, que hacia el mediodía todas las casas de Jaca estaban cerradas, atrancados sus portales, claveteadas sus ventanas y dispuestos arcabuces, espadas, hoces y cuchillos. Verdaderamente la ciudad parecía tomada. Nadie de los que acampaban en las plazas, calles o callejas, nadie de los que pululaban o gritaban era autóctono. Se notaba en su deje, en su acento, en las maneras de vestir. La famosa huerta jacetana que rodeaba la ciudad quedó totalmente arrasada. Parecía una plaga bíblica. La suciedad, los restos de comida, los improvisados retretes y basureros yacían por todas partes.

Cuando, por fin, llegaron los peregrinos de Yebra de Basa portando la cabeza de Santa Orosia para unirla al cuerpo en la ceremonia tradicional del 25, Francisco Casabona despertó, se apoyó dulcemente en la baranda del campanario y tras titubear un poco, carraspear un tanto, ordenó con gritos penetrantes a la muchedumbre que se limpiase el camino de la Santa. Todo bicho viviente, movido por una especie de fuerza sobrenatural, puso manos a la obra, y sin apenas transcurrir unos minutos, la ciudad se tornó resplandeciente. Se formaron escuadras de barrenderos, cuadrillas de pintores, cuerpo de bomberos y regantes, se trenzaron guirnaldas, se levantaron arcos florales, se dibujó el camino a hollar por los romeros santaorosianos, se descolgaron estan-

dartes festivos desde las ventanas abiertas de pronto, y la ciudad se convirtió en "La Perla del Pirineo". La catedral totalmente inciensada, iluminada y repleta de gentío celebró la sagrada unión de los restos santos. Nadie recordaba nada de lo sucedido, ni propios ni extraños. Pero el acta notarial, el discutido extracto del sínodo y el testimonio de dos borrachos que habitaban la cárcel y no participaron del jolgorio, sirvió de recuerdo. Hubo de todo, meditaciones profundas, elucubraciones, investigaciones por lo judicial, conversaciones, coloquios, mesas redondas, nuevo sínodo, nuevo acuartelamiento militar⁶... La fama de Francisco Casabona se expandió en regueros concéntricos y Jaca acabó siendo más visitada que Roma o Santiago de Compostela. Por pura invención de la Iglesia y totalmente de acuerdo con nuestro personaje, se procuró desviar las peticiones populares y peregrinas hacia los altares y cultos catedralicios, principalmente hacia aquellos de más fervor comarcal. Los sermones consiguieron, a pesar de las discrepancias de testigos, enlazar el acontecimiento con la venida de la Santa y darle una interpretación dentro de los cauces del orden eclesial. Simplemente la argumentación residía en la acogida de todos los compañeros celestes para con Santa Orosia y no había más. Por si acaso, se adornó con la repartición de unas pocas primicias de la catedral. Nuestro personaje se encerró por un tiempo hasta que se apaciguase el temporal, en el monasterio pinatense de San Juan de la Peña, y el estamento eclesial, aplacadas las iras iniciales del cuerpo peregrino que ansiosamente pedía ver al "santo", decidió dar el carpetazo y no remover más las aguas, porque en los debates comenzaban a insinuarse desviaciones heréticas. Se cortó por lo sano desde la cabeza y aquí no ha pasado nada. El resto de los estamentos acató la decisión y lanzó un bando con severas medidas para todo aquél que cometiese alguna infracción de los puntos allí expuestos. Puntos sabiamente medidos para evitar suspicacias y para no perjudicar al recién nacido comercio. El tiempo que todo lo puede terminó por echar tierra al asunto de marras. Únicamente, cuando se habló en el cónclave papal sobre la beatificación del Casabona, se armó cierto revuelo, pero nunca las cosas llegaron a mayores. Y Fran-

⁶ Más arriba se aludió a la existencia de otras fuentes, ¿recuerdan?

cisco Casabona continuó, exclaustro y sin miedos, con sus venturosos negocios. Su halo santil fue diluyéndose en el olvido ante los sabios consejos inquisitoriales que impidieron toda propaganda previa a sus trabajos de desenmascaramiento brujeril. Llegó a poseer, por su ciega obediencia, el traje de la Orden de Santiago. Pese a todo, Fray Servando, con su suspicacia en la mano y el tesón detectivesco que nos muestra, siguió todos los pasos y todas las calladas actuaciones. Además, nunca ya volvió el desenmascarador y adivinador de brujas a pisar tierra aragonesa. Quizás medien prohibiciones. Algo que no se nos relata. Y, ya, el resto de sus artes en pro de la religión se encierra por los ajetreos lares gallegos, terrenos propicios para lo mágico y enriquecedores para sus bolsillos. Parece que entregó su alma en circunstancias un tanto oscuras (la confusión, lo críptico, el enigma reina en los últimos fragmentos de la pesquisa frayservandiana. La cautela de nuestro historiógrafo está acorde con la época, donde, nada, ni siquiera ser miembro inquisitorial, era seguro. La sospecha siempre. Autocensura). Se citan venganzas de antiguos condenados vueltos a la luz, pero no existe dato alguno que ilumine el lance. La oscuridad reina, asimismo, sobre los bienes y la inmensa fortuna dejada tras el óbito casabonero, si bien parece dirigir las miradas hacia arcas inquisitoriales o de algún encimado prócer de la misma. Lo críptico en los últimos párrafos de Fray Servando se esconde en el esquema, en meros contorneos y dibujos que recuerdan las tablillas micénicas o los últimos estertores de la escritura egipcia. Existen probables lecturas de frases donde las letras toman forma, pero todo se reduce a meras abreviaturas que por conocidas pudieran decir lo contrario. Solamente el grupúsculo RIP emana toda su claridad: la muerte del metamórfico personaje. Mas nada, absolutamente nada, acerca de la ubicación de su tumba. Tal vez, y aventurando suposiciones, para evitar la profanación sacrílega de un personaje extraño, contradictorio, fervoroso trentino, martillo de brujas, mensajero de satán, beato, santo y banquero. Si su aparición fue misteriosa, no podía serlo menos su desaparición, ¿su muerte? Fray Servando jamás vuelve a mostrarnos su labor detectivesca, su olfato policíaco; desaparece de sus páginas casi al mismo tiempo que su personaje Francisco Casabona.

